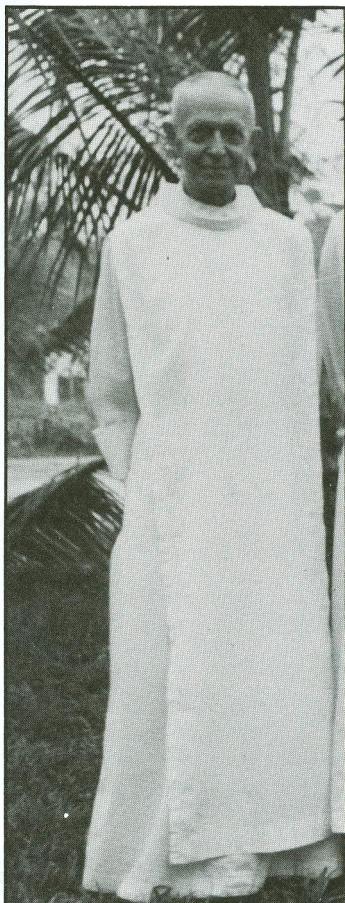


## «EL MUNDO NECESITA DE TODOS NOSOTROS»

**Ricardo Botifoll, hermano de san Juan de Dios y médico, misionero en África desde hace 20 años.**

Recientemente estuvo en España disfrutando de un merecido descanso, y en esta eventualidad le fue sugerida una intervención quirúrgica, para extirparle unas lesiones cancerosas de la mano derecha.

Ello aplazó su regreso a Sierra Leona y, en la convalecencia, fue entrevistado para el programa «Objectiu l'home», de Radio Barcelona. Esta entrevista nos acerca un poco más al talante humano y religioso de este hermano de san Juan de Dios.



**Hermano Ricardo Botifoll.**

«Creo que los enfermos que trate en el futuro se beneficiarán de una más fraterna y delicada atención por mi parte. Los comprenderé mejor»

—**¿Esta radiotermitis necesitó operarse?**

—Sí, realizó la operación el doctor José Antonio Bañuelos (a quien nunca podré agradecer lo bastante el interés que ha puesto en mi caso), las lesiones de la piel eran ya cancerosas. La evolución post-operatoria ha sido larga y complicada. Los primeros injertos fueron rechazados y se me formaron grandes úlceras en los dedos. Ha sido necesaria otra operación para amputar la última falange de tres dedos; y aun una tercera para hacerme nuevos injertos de piel. Finalmente, después de dos meses y medio, estoy prácticamente curado, si bien la funcionalidad de la mano derecha quedará mermada para siempre.

—**¿Cuáles eran sus sentimientos? ¿En qué pensaba cuando el injerto no era aceptado?**

—Realmente temí que mi mano ya no se curaría. Pero no era cuestión de hacer un drama. Cuando usted me hizo la entrevista hace cuatro meses, me preguntó cuál era mi lema, y le respondí que mi lema era aquel de Claudel: «¿Para qué sirve la vida, sino es para darla?». Pues bien: esta ha sido la ocasión para hacerme esta pregunta de forma más restringida pero bien concreta. ¿Para qué me sirven los dedos si no es para darlos? Creo que son muchas las personas beneficiadas por mis dedos y por los centenares y miles de radioscopias que he hecho en los cuarenta y cinco años que llevo como médico. Ahora ha llegado la hora de decir: doy por bien empleados mis sufrimientos y mi pequeña mutilación, si alguno ha sacado provecho de ello.

—**¿Usted nunca había estado enfermo?**

—Hacía unos cincuenta años que no había tenido ninguna enfermedad. Ya me convenía, pues,

el probar la amargura de la enfermedad. Porque para un médico el sufrimiento físico, la enfermedad es una experiencia muy provechosa. Ya que, inevitablemente, a medida que pasan por nuestras manos centenares y miles de pacientes, nos endurecemos, nos insensibilizamos y corremos el peligro de perder la delicadeza, la ternura que cada enfermo necesita.

Creo que los enfermos que trate en el futuro se beneficiarán de una más fraterna y delicada atención por mi parte. Los comprenderé mejor.

**—¿Qué experiencia ha sacado de la intervención y de las largas horas de enfermedad?**

—Creo que han servido para mi enriquecimiento interior. Alguien ha dicho: «Todo lo que se acepta, cambia de sentido». Así, el sufrimiento bien aceptado ayuda a descubrir el verdadero sentido de la existencia; a dar a las cosas su justo valor y por tanto a caminar por la vida más seguro de uno mismo. Hay una forma acreditada desde la antigüedad greco-latina de sacar provecho del sufrimiento: es la actitud estoica (que encontramos bien expresada en los escritos de Séneca). Por ejemplo: «Soporta con fortaleza las penalidades y serás más hombre» dicen los estoicos. Pero esta filosofía estoica no llega más que al beneficio propio, al beneficio del hombre que sufre. No va más allá, no llega a transformar el dolor en un bien transcendente. En cambio, la visión cristiana del sufrimiento da más amplios horizontes a la persona que sufre.

Para el cristiano el dolor es algo que tiene un valor y del cual se puede hacer una ofrenda, una donación gratuita, algo que se puede unir al sufrimiento de Jesucristo en el Calvario; hacer una oblación con la intención de que se beneficien nuestros hermanos más necesitados. Considerado así, el dolor deja de ser una carga pesada encima del hombre que lo hunde y se convierte en alas que le permiten volar. En las largas horas que he pasado, últimamente, solo en mi habitación no podía dejar de pensar con tristeza en nuestro hospital de Sierra Leona y en los cien o ciento cincuenta enfermos que habría visitados cada día, pero reaccionaba diciéndome: «Para mejorar el mundo, no es tan útil ser buen enfermo como ser buen médico?»

**—¿El hombre enfermo, se hace preguntas?**

—Naturalmente. El hombre que vive distraído, deslumbrado por las cosas pasajeras de este mundo, se hace preguntas serias cuando cae enfermo y entonces le fallan así como también los fundamentos sobre los cuales ha asentado su vida; y ha de reconocer «la inmensa vanidad del Todo» que decía Leopardi. Pero si su vida está asentada sobre un fundamento religioso, sobrenatural, cuando le llega la enfermedad y la pro-

ximidad de la muerte tiene las preguntas contestadas y puede acercarse a su fin con pies firmes. Y puede repetir con Dante: «En la Voluntad de Dios está nuestra paz».

**—¿En qué ha empleado el tiempo durante estos días?**

—Aparte de ofrecer a Dios mis sufrimientos, he tenido muchas horas para leer y para escuchar música clásica. Beethoven, Bach, Mozart, Wagner me han hecho buena compañía (cosa que resulta difícil en África). También las visitas y el interés de mis familiares, compañeros de vida religiosa y amigos significaba una agradable compensación de mi enfermedad.

**—¿Qué sentimientos tiene uno cuando va al quirófano?**

—Bien, al quirófano se puede ir como paciente o como cirujano. Yo tengo la experiencia de haber ido de las dos maneras. Naturalmente, para el paciente no es una experiencia agradable, sobre todo si uno no va protegido por una consideración sobrenatural de las cosas, tal como decíamos antes. Para el cirujano el ir al

---

**«Para un médico  
el sufrimiento físico,  
la enfermedad,  
es una experiencia  
muy provechosa»**

---

quirófano cuando se enfrenta con un caso difícil, comporta una vivencia de tensión y a veces, hasta de angustia que ha de dominar, poniendo a prueba su serenidad. Yo he pasado momentos difíciles en el quirófano tanto como operador como por operado.

**—¿Qué día se va?**

—El 2 de enero, si Dios quiere, tomaré el avión en Madrid hacia Sierra Leona.

**—¿Qué espera hacer allá?**

—Naturalmente ni por mi edad, ni por las lesiones de mis manos podré practicar técnicas manuales delicadas. Pero sí puedo visitar, hay allá tanta gente, tantas criaturas, sobre todo, que necesitan remedio.

**—El general de su Orden ha dicho que el hospital europeo es tierra de misión...**

—Ciertamente, la progresiva deschristianización del mundo occidental trae como consecuencia que el hombre de nuestro tiempo, en general, se encuentre espiritualmente desarmado

En África se vive,  
se enferma y se muere  
de otra manera.  
Este es el medio  
de transporte con  
el que un enfermo llega,  
tras varios días  
de camino,  
al hospital...



cuando le llega la inevitable y última enfermedad. Es una situación que puede hacerse casi insufrible para él y para sus familiares y que explica la corriente favorable a la eutanasia, tan inhumana, que se está extendiendo por Europa. Sí, necesitamos una recristianización de la forma de afrontar la muerte y la enfermedad. De hecho, ya se ha iniciado una reacción contra este estado de cosas, contra esta indigencia espiritual en que se encuentra el hombre moderno a la hora de la muerte; y en los países anglosajones sobre todo, se están creando lo que se llama *hospices*: residencias dedicadas a acoger, a aliviar materialmente y a confortar espiritualmente a los enfermos que no tienen esperanzas de curación. A hacerles más soportable la proximidad del traspaso...

—El hombre occidental ha de redescubrir que no vivirá siempre...

—Sí, ha de redescubrir que la vida es efímera e ilusoria como una burbuja de jabón; o mejor dicho ha de aceptarlo. Porque naturalmente ignorarlo no lo ignora; pero tampoco lo acepta, lo aparta de su conciencia, pretende evadirse de sí mismo y eso le hace neurótico, inauténtico e infeliz.

—¿Cómo mueren los africanos?

—Tengo la sensación de que los africanos, tanto los cristianos por su esperanza sobrenatural, como los musulmanes por su fatalismo aceptan la muerte con más paz interior que los europeos en general. Por otro lado, ellos tienen los lazos

familiares y los de la tribu más arraigados. Y una muerte significa para ellos un acontecimiento con mucha más resonancia que para nosotros.

—¿Cómo ve nuestra civilización occidental?

—Ciertamente no veo con mucho optimismo ni el presente ni el futuro de nuestra civilización. Si quiere que le sea bien sincero creo que en mi anhelo de volver a África está mezclado un más o menos subconsciente de huir de aquí, de mi tierra... A menudo me repito aquellos amargos versos de Salvador Espriu: «Amo con un desesperado amor, esta pobre, bruta, triste, desgraciada patria».

---

«**Necesitamos  
una recristianización  
de la forma de afrontar  
la muerte y la enfermedad**»

---

Una tierra en la que observo tantos síntomas de decadencia moral, una tierra que veo retratada cada día en un hecho anecdótico pero significativo: uno de los diarios de mayor circulación, donde en editoriales y artículos se exponen inteligentes y señalados puntos de vista, dedica una página a centenares de anuncios descarados de la prostitución y el proxenetismo... Ya sé, es la sociedad permisiva me dirán y nadie parece molestarse. Pero quien viene de África, de la ingenua África no puede menos que el sentirse un poco perturbado y preguntarse, ¿dónde estamos? ¿en Sodoma? No lo sé. Pero en la etapa

final de una civilización sí que creo que estamos.

Hace pocas semanas, a mi hermana, que pasaba por una calle del centro de Barcelona le dieron un golpe y la tiraron al suelo, se le fracturó la pelvis y le robaron el monedero. Todo el mundo tiene experiencia de hechos como éste. Pues bien, en el África negra, tierra de analfabetos y de famélicos, una agresión como ésta sería inconcebible; uno puede ir por un camino solitario y nunca tendrá que tener miedo. Si se cruza con algún desconocido puede estar seguro de que no se trata de ningún malhechor y podrá intercambiar con él un amistoso saludo. Y si dejamos de lado lo anecdótico e inmediato y contemplamos la situación de Europa vemos un continente en la competitividad industrial perdiendo el curso en comparación con los pueblos del extremo oriente guiados por Japón: gente de vida austera y disciplinada. Un continente como el nuestro donde la natalidad está disminuyendo de forma alarmante, encaminándose hacia el envejecimiento progresivo de la población y hacia la pérdida del protagonismo que Europa ha tenido en la Historia Universal durante tantos siglos. Un mundo, el occidental, que ha perdido la brújula espiritual, que no tiene respuesta para la más decisiva de las preguntas que se formula el hombre; la pregunta de para qué sirve la vida, del sentido de la existencia. Y faltándole una respuesta a esta pregunta capital, no encuentra otra vía que la de entregarse al hedonismo y a la búsqueda del bienestar material. Así de crudo lo veo con mi cabeza.

**—¿Y qué salida daría usted a todo lo que acaba de decir?**

—Bien, hemos de ir al corazón por encima de esta visión sombría que nos da la cabeza. Eso, claro está, no es fácil. Requiere un esfuerzo pero se ha de hacer este esfuerzo. Se ha de ir contra corriente y somos muchos los que podemos remar en el mismo sentido.

No olvidemos que en el mundo hay mucha bondad, mucha nobleza más o menos oculta. Un par de ejemplos que he conocido en estas últimas semanas: una madre de familia pasa por el

dolor de la muerte de su pequeño hijo y reacciona no cerrándose en su pena ni evadiéndose en distracciones sino dedicando sus horas libres a trabajar como voluntaria en el mismo hospital infantil donde murió su hijo, para ayudar a otros niños y a otras madres que sufren. Otro caso: un trabajador al cual le ofrecen un segundo sueldo y él lo rechaza para que se beneficie otro trabajador. Y aún otro: dos hermanas que destinan un tanto por ciento de sus módicos ingresos mensuales para ayudar a gente necesitada. Y como éstos, tantos casos que nos pasan inadvertidos, porque naturalmente no encontramos publicidad como en los casos escandalosos.

Todos podemos contribuir con nuestra aportación personal e incrementar este caudal de bondad que hay en el mundo y que ayuda a salvarlo.

**—¿Como médico y como persona que recomendaría al hombre que sufre?**

—Que acepte la cruz que Dios le envía. Es más, que la abrace con amor, que convierta su sufrimiento en una oblación, en una plegaria viviente que le haga fructificar. Que tome el «hágase, Señor, tu voluntad» como norte de su vida.

**—¿Tiene alguna cosa más que añadir?**

—Insistir en invitar a todos para conseguir un mundo mejor. Aldous Huxley dijo: «sólo hay una razón en el universo que puedes mejorar con certeza y ésta es la de tu propio espíritu». Es precisamente mejorándose uno como ayuda a mejorar el mundo. Yo intento hacerlo como hermano de san Juan de Dios y como médico desde un pequeño y pobre país del África. Pero a muchos de los que nos leen no les hará falta ir tan lejos: es suficiente que den una mirada a su entorno y descubrirán muchos problemas humanos que reclaman nuestra ayuda. El mundo necesita de todos nosotros.

---

*Entrevistó para Radio Barcelona: José M.ª Alimbaú  
Tradujo del catalán al castellano: Javier Urós*

---

## AGRADECIMIENTO

### Información y Noticias

Agradece las diferentes manifestaciones de apoyo y colaboración económica que nos han llegado tras nuestra petición de ayuda.

¡Gracias!